

Santiago Montobbio

RETRATOS SIN NOMBRE

Martes, 21 de mayo de 2013. Voy a la exposición que inaugura hoy Lluís Ribas en su galería, porque quiero ir y me gustará verla –y verlo a él-, y que se titula “Retratos sin nombre” y reúne algunos de los retratos que ha hecho a lo largo de su vida de pintor, desde algunos de cuando empezaba hasta otros muy recientes. Salgo de casa y voy en tren. Me gusta este motivo, esta reunión de retratos en qué consiste la exposición, y pienso en ellos, en los retratos y el artista que los hace, y lo que son para él –y algo de esto habrá querido mostrar Lluís al hacer esta exposición. Pienso en los *Retratos de España* de Ramón Gómez de la Serna que por fin he empezado a leer, pese a ser un libro comprado hace muchos años, pero que sólo había hojeado. Ahora lo estoy leyendo, y he leído hasta su prólogo, y recuerdo cómo en él Francisco Ayala dice que en estos retratos quien se retrata es Ramón, que a quien vemos a través de estos retratos es el rostro, el retrato de Ramón. Y es cierto, y así ha de ser, si quien retrata es un artista. Y por esto lo recuerdo, en el aire de la calle, mientras salgo de casa, porque responde a mi sentir y mi pensamiento. Que sabemos, y es éste. Y recuerdo que algo así y que también concuerda con él dice Gauguin, pero ya refiriéndose al pintor, al pintor que hace retratos. Tendría que buscarlo en *Escritos de un salvaje*, pero dice algo así como que el pintor, al hacer el retrato, pone en él algo de él mismo, en el sentido que lo que cuenta en el retrato es la dimensión moral del retratado, la visión interior que de él plasma el pintor, y que es la que ve a través de su sensibilidad, es decir, de él. Pone de él al pintar el retrato, pinta desde él, y, si no se pinta a él, sí es él el que pinta, y está él por ello en ese retrato. Indefectiblemente. Y ese es el valor del retrato de un pintor. Esto dice más o menos –no lo recuerdo exacto- Gauguin en sus escritos, que encuentro apasionantes. No sé si lo empleé en el libro que hice con Lluís. Quizá no este pensamiento que ahora recuerdo, pero tal vez sí otro. Pero lo recuerdo como afirmación de vida y arte, y un matiz de la verdad. Lo recuerdo mientras salgo de casa y ando y voy en tren a Sant Cugat, camino de esta exposición de retratos de Lluís Ribas. Retratos sin nombre, pero que su nombre sí tienen. De estos retratos esto sí sabemos. Que los ha pintado él, y en ellos también se tiene que haber pintado algo a sí mismo. Lo sabemos, y recuerdo en mi camino lo que dice Gauguin de los retratos de un pintor y Francisco Ayala de los de Ramón, y he recordado en algún momento cómo Rilke señala cómo Leonardo supone un punto de inflexión en la pintura del paisaje, porque es el primer pintor que al pintar un paisaje se pinta a sí mismo. Esta impronta del pintor en el cuadro es signo de modernidad, y además de en el paisaje –lo vemos, lo recuerdo- se da en el retrato. En ella estamos, y en ella está Lluís. Y me gustará ver sus retratos, en los que sé que pese a no tener nombre estará seguro él.

Llego a Sant Cugat con tiempo, aunque no demasiado, pues me he propuesto no llegar con tanta antelación como acostumbro. Pero sí el suficiente margen para que

camine con calma desde el tren al monasterio y entre en la librería en que siempre entro. Pone que cambian de local. Lástima, porque era una visita obligada cuando aquí venía. Doy un vistazo, y sólo llegar veo un volumen grueso y de bolsillo –y por tanto asequible- de la prosa narrativa de Espriu. Por fin. Es una alegría. Pone: Edició del centenari. Había expresado el escándalo que era para mí que entre las muchas actividades de que constaba el programa del centenario no se contemplara una edición completa de su obra, poesía y prosa. Que era urgente, pues sus libros estaban descatalogados desde hace muchos años, y no había manera de acceder a su obra completa. Era una vergüenza, y pensaba que el centenario sería la ocasión de remediarla, pero no veía que fuera así, ni se hablaba de ello. Por fin lo veo, y me alegro. Es una buena noticia, y un acto de justicia para con Espriu y sus lectores, que me sale al encuentro aquí, en Sant Cugat. Espriu y su Sinera –al lado de donde nació Lluís, en Masnou- en un libro de bolsillo y asequible, como yo quería y me parecía que urgía y no podíamos dejar de ver en su centenario. Hace años que pensaba en ello, que con motivo de esta celebración la edición de su obra sería ya inexcusable. Y por fin la veo. De hecho, ya me resignaba –cuando lo pensaba hace años- a que hubiera que esperar a esta ocasión, porque hay censuras y condenas y olvidos muy premeditados, y en verdad ya es un escándalo que haya habido que esperar a su centenario para que la obra de Espriu esté en librerías, cuando no debería haber faltado nunca, y ha estado largos años en el limbo. Aquí me lo encuentro, hoy, camino y en la espera de ir a ver los retratos sin nombre de Lluís –y que son, seguro, Lluís. Me encuentro a Espriu por fin en forma de libro, en su prosa narrativa que tanto quiero y juzgo de tanto mérito, y sigo camino al monasterio. Bellísimo, espléndido. Un paseo por los jardines, y entro. Paz, arte. Algunas personas. Un grupo reza el rosario. A Dios aún se le reza o se le canta, se le busca y se le encuentra en un monasterio, y en éste también vuelvo a saberlo.

Llego al Espai Lluís Ribas. Abrazos. En el escaparate hay algunos retratos, y al entrar, colocada para que la veas al llegar, una mujer desnuda, una maternidad, envuelta en plástico y sobre fondo gris. Le pregunto a Magda, y me dice que es de una serie que está haciendo Lluís, lo último que hace. Que Lluís dice que es como si la mujer estuviera también envuelta en la placenta –que es el plástico-, pero también que cuando le preguntan qué significa él responde que lo que cada uno quiera. Hace muy bien, le digo. Y Magda, como ve mi interés por este cuadro, por la señal que es de la aventura que ha emprendido Lluís y en la que está metido, me dice que tiene otros cuadros en imágenes en el ordenador, y así me enseña dos o tres más de esta serie. Una, la primera que hizo, está sobre un tablero –la mujer sobre un tablero. Recuerdo una meditación sobre el tiempo que hace dos años en una exposición Lluís mostraba como su creación más reciente y era inicio de un nuevo camino, pero que decidió de momento abandonar. Le dije que volvería –porque el arte, como la vida, vuelve. Eran dos personas con el rostro tapado sobre un tablero. El tablero, enigma del tiempo, y también el azar que es, el juego. Y ahora, sobre este juego del tiempo, y este misterio, una mujer tendida, este primer cuadro de esta nueva serie pero de la que en mis recuerdos encuentro este anuncio o precedente. Magda me enseña también la serie de “Crisálidas”, las mujeres en el agua, sobre el

agua, con o casi de agua. La mujer, agua, es decir, la vida. Le digo que es una continuación de las mujeres colors del blanc, mujeres entre sábanas y luego entre y en el agua, y aún más la nueva, entre plásticos. Y de esta nueva serie Magda me dice –y con ello me da su título-: Es “L’alliberament de la dona”. Mujer, mujeres, centro de la vida, para el artista que es Lluís y como en verdad es, y centro de nuevo de su nuevo trabajo, de la persecución en arte en que se persigue a sí mismo y dice al mundo, lo desentraña y cifra en sus misterios, y cual misterio. Ahora en “L’alliberament de la dona”. Y vemos con Magda la exposición, los retratos. Falta uno, el primero, que le traerán ahora. Los primeros, de sus principios –los años 1966, 1967-. Me dice del dibujo de un hombre de campo: éste es de su primera exposición. Observo, con el sentido que tiene, que el retrato ya estaba en ella, en su principio, y que es bonito que haya reunido en una exposición sus retratos, que debe haber hecho de vez en cuando, según, según, quiero decir, soplara el viento o diera el sol en el corazón, el corazón del arte, según el aire o el fluir del tiempo, a rachas, pero que es algo que estaba ya en el principio y con más o menos intensidad debe haber hecho siempre. Niños, mujeres, moros. Óleos, dibujos. Retratos. Retratos sin nombre. De Lluís. Y que me enseña Magda, y veo con ella.

Me incorporo a la tertulia que tiene Lluís con dos amigas y otro pintor. Una, que se ha presentado como amiga de Lluís pero que si no recuerdo mal creo que fue regidora de cultura del Ayuntamiento y presentó con él una lectura de poemas que hice aquí, en su galería, hace ya años, le dice que con estos nuevos cuadros –se refiere a la mujer envuelta en plástico- no se ganará la vida, al menos no con el Findlay, que es con quien él se la gana. No lo dice porque sí, sino porque antes Lluís ha dicho que esto no se venderá nunca, porque la gente, claro, no se colgará esto en el comedor. Pero que lo hace porque quiere, y se lo pasa bien. Lo hace también porque debe, pienso yo, pero Lluís es sencillo y no lo dice. La otra amiga de Lluís, una veterana escritora, dice que todo se puede vender o llegar a venderse, según como, o con el tiempo, como muestra el que se vendan y la gente tenga los cuadros de Francis Bacon. Aunque a veces cuesta tiempo –una vida, a veces-, como muestra el mismo ejemplo que ha elegido, ya que cuenta que en la sala Parés expusieron cuadros de Bacon y no se vendió ninguno, porque la burguesía catalana dijo que ellos no se colgaban esto en el comedor. Como decía Lluís. Pero se abrió camino, dice esta escritora, que ha visto uno en casa de un amigo, en Nueva York, y que compró baratísimo, precisamente porque suscitaba este rechazo. Y entonces, creo, es cuando Lluís dice o vuelve a decir que lo hace porque quiere y porque se lo pasa bien, y la amiga que creo que era regidora de cultura que con esto no se ganará la vida. Y entonces Lluís, animado en su aventura de Quijote que hace lo que quiere –y lo que debe-, cuenta un paso más de ésta, otro cuadro que quiere hacer y –dice- es muy bestia. Una mujer envuelta también en plástico, y un niño que quiere mamar, pero no puede porque el plástico no le deja llegar al pecho. Así lo explica, y dice: Y se titula –o es-: “Capitalismo”. Yo pienso, en relación a lo que decía la escritora amiga de Lluís, que también era rompedor “Els colors del blanc”, sus cuerpos y sábanas que escapaban a cualquier planteamiento convencional, y que esto es su continuación, en lo que ha derivado. Ahora el pintor, en su arte, ha

llegado a esto. Y pienso también que se lo diré a Lluís cuando tenga un momento, y le preguntaré sobre esta nueva serie. Estamos un momento a solas los dos ante este nuevo cuadro, la mujer envuelta en plástico, y se lo digo. Que así lo veo, como una prolongación de "Els colors del blanc", los cuerpos igual, y las sábanas ahora por plásticos, cuerpos con rostros envueltos, presos. La identidad. Y el tiempo, la cárcel. A mí no me sorprende esta deriva de su arte, ni le he de pedir explicaciones ni justificaciones –hago lo que quiero, me lo paso bien-, sino que me parece una deriva natural. Continúa els colors del blanc, es como una prolongación –Lluís asiente y repite mi expresión, porque está de acuerdo: es como una prolongación-, que ahora continúa y extrema y llega a esto. Lo pensaba hace un momento, y ahora puedo decírselo. Lluís también lo entiende así. A mí no me sorprende, como a él, y veo este engarce con los cuerpos y sábanas de els colors del blanc, y recuerdo un principio que anunciaba este giro después de ellos, esta evolución, que he recordado y dicho a Magda y ahora le digo a él. La meditación sobre el tiempo que mostraba como ejemplo de lo que hacía nuevo –y distinto- en una exposición hace dos años, y en la que dos personas estaban sobre un tablero, desnudos, y con el rostro tapado. Era una obra inquietante, e inquietante para el propio artista, que decidió abandonar este camino, porque –dijo, o me dijo- quería pintar cosas más esperanzadas. Porque sentía que esa obra auguraba una investigación y ahondamiento en tierras más oscuras, que abría un arte más sombrío, y que prefería de momento abandonarlo. De momento, porque yo le señalé que seguramente volverían, porque daba señal o era un atisbo que le reclamaba una nueva creación e investigación en arte –y en sí mismo-, y que ya se cumpliría. Y me parece que ahora vuelve con estas mujeres entre plásticos, tapadas por plásticos, como tenían tapados los rostros los dos hombres simbólicos sobre el tablero del tiempo y que las anunciaban. Están sobre fondo gris, un gris tenue pero opresivo. Por opresivas y por sombrías abandonó las figuras que estaban sobre un tablero, y que eran –así lo decía- una meditación sobre el tiempo, y porque quería pintar cosas más esperanzadas. Pero anunciaban éstas. Eran como un anuncio o una semilla de lo que vendría, el principio o primer atisbo de un camino que se cumpliría. Y por esto ahora pinta esta serie, no puede dejar de pintarla. Que muestra este cuadro colocado de manera central, impactante. Esta mujer sobre fondo gris. Que es revelador y le da un carácter sombrío al cuadro, opresivo. Y que ha de pintar. Pero que le cansa, como me dice. Por la idea, por el concepto, por la persecución de lo que quiere decir. Esta idea que tiene y ha de plasmar en pintura y encarnar en arte, un arte en el que Lluís en estos cuadros es un renovador, muy rompedor, pero a nivel conceptual, con un empleo tradicional de la pintura. Pero renovador y arriesgado en sus conceptos, en la raíz de su idea y su visión –que le hacen decir que esto no se venderá nunca, pero sabe que lo debe hacer. Y así puede pasar en arte, y es, pienso, el caso de Kafka, que escribe de una manera correcta y tradicional desde el punto de vista de técnica y del lenguaje y renueva el mundo y hasta lo rompe, lo revela en sus astillas, tras hacerlo astillas, en sus parábolas opresivas y terribles, y con las que dota de una nueva dimensión a la realidad, y da una visión del mundo, pero que es renovadora en su raíz, en su concepto.

Recuerdo que en un texto sobre la renovación y el lenguaje, Ernesto Sabato lo pone como ejemplo –y lo es, y por esto lo recuerdo- de que la renovación en el lenguaje no es necesaria ni suficiente, y que se puede ser un gran renovador con un empleo tradicional del mismo –y aquí Kafka. Así el tradicional pincel de Lluís, tradicional y exacto y sabio en su pericia pero que expresa y dice una idea revolucionaria y subversiva. Y que también es terrible y opresiva, como indica o muestra su fondo gris, y que me hace recordar aquel cuadro que anunciaba este camino y le pedía ahondar en lo oscuro pero abandonó, porque arañar la sombra, descender a la sombra es una tarea ímproba. Por esto la postergó, pero ha vuelto, con estos cuadros de mujeres entre plásticos y sobre fondo gris. La persecución del arte entre las sombras fatiga y deteriora, extenua. Y así me dice que acaba muy cansado al pintar uno de estos cuadros, y por esto pinta otras cosas entre medio, antes de emprender otro cuadro de esta serie. Ahora, por ejemplo, se ha puesto a pintar mujeres en la playa, que hace mucho que no pintaba. Pero volverá otro cuadro, ha de volver. Yo lo sé, y él lo sabe. Aquí hay una serie, le digo. Me dice: Hay tela –y nunca mejor dicho. Y yo: Hay trabajo. Pero hay también pasión, y deber a cumplir, destino. Arte que quiere y debe decirse. Así lo entiendo, y así es, y Lluís ve que así lo entiendo, que entiendo esta nueva incursión que le pide su pintura. Hemos de hablar de esto, me dice. Yo le respondo: Cuando quieras.

Estamos ahora de charla Lluís y yo con otro amigo suyo, y por algo de lo que él dice o decimos, Lluís dice que si queremos que haga una explicación de los cuadros. Por supuesto. Surge en él este deseo de manera espontánea, y nos parece estupendo. Lo primero que dice es que aunque la exposición se llame “Retratos sin nombre”, y en efecto casi en su totalidad son retratos de gente anónima y que no sabe quiénes son, hay dos de los que sí sabe el nombre. Uno es su sobrina, y otro Mon, la perra de una escritora amiga que está aquí retratada y también en vivo y en directo, la única de los retratados presentes, y de hecho los periodistas que han venido a cubrir el acto han hecho fotos de Lluís y de la escritora con ella en brazos ante su retrato. Muy simpático. Y también lo es lo que dice Lluís, y es que es la modelo más cariñosa que ha tenido –que le lame, le muerde-, y la única de la que Magda no tiene celos. Magda sonrío. Y, tras esta aclaración o preámbulo, Lluís empieza su improvisada explicación. Empieza por el principio, es decir, por el primer cuadro, el que hasta hace poco faltaba. Dice que es una de las muchas ilustraciones –aguatinta, las llamaban, aunque es carbón- que hacía a los diecisiete años y que se publicaban en revistas, sobre todo del norte de Europa, en general acompañadas de una historia de amor. Es una chica o joven muy guapa, casi parece –se me ocurre- una Elizabeth Taylor, con gorro y armiño de piel, que acompañan su belleza frente al frío. Lluís nos dice que no tenía ninguna de estas ilustraciones, y que ésta la ha recuperado hace poco y le hace mucha ilusión ponerla. Es lo que queda como ejemplo de esas ilustraciones de juventud. El cuadro siguiente es un niño pintado al óleo, cuando, dice, ya se puso a pintar en serio. Esto lo dice él, pero en la ilustración que ha recuperado y muestra lo que hacía se ve ya la gracia y la finura de artista que tenía, aun en esas ilustraciones de encargo y que –vemos- para él no era pintar en serio. A su lado está este niño, al óleo, y cuenta que

era un niño gitano de las barracas de Montjuïc, y que tuvo un final trágico. El siguiente es un payés de Tarragona, mayor, anciano, su rostro dibujado –dice Lluís- de manera muy espontánea, como le fue saliendo, sin pensar mucho en la composición y el trazado de las líneas pero que pese a ello –o gracias a ello- dio un resultado que le satisfizo. Vio a dos ancianos en un banco, dedicándose a lo que se dedican los ancianos y también se dedica él ahora, y que es tomar el sol, y retrató a uno. Dice que no ha hecho muchos retratos, pero a la vez que ha hecho siempre, y que siempre lo ha hecho cuando ha sentido este impulso. El niño, el viejo. Este viejo hombre de campo estuvo ya en su primera exposición, y aquí otra vez lo vemos. Lluís cuenta que este señor murió, y que su hija le llamó para que le vendiera el cuadro, y él le dijo que lo sentía mucho pero que no podía venderlo. El siguiente es una niña, también al óleo, con mucho verde. Cuenta que estaba en una de sus primeras exposiciones, y que venía a verla cada día un señor. Lluís no decía nada. Pero Magda, su mujer, le dijo que tenía que decirle algo. No tenían un duro. Y Lluís le habló. Y la fastidió, dice. Y cuenta que este señor le dijo que quería comprarle un cuadro muy grande que estaba en la exposición. Lluís le dijo que ese cuadro era malo, que lo había puesto para rellenar la exposición, y que le aconsejaba este otro, que era más barato y mucho mejor. El señor le dijo que ése era el cuadro que a él le gustaba, y que si él pensaba que era malo. Lluís se reafirmó en ello. El señor no volvió los días siguientes, y se enteraron que era el propietario de una importante tienda de Barcelona. Podéis imaginaros mi mujer, dice Lluís. Pero otro día volvió, le dijo si sabía quién era –sí- y le preguntó si aún pensaba lo mismo de este cuadro que a él le gustaba, es decir, si era malo. Lluís cuenta que tuvo un conflicto, pues por una parte no tenían un duro pero por otra pensó que si era sincero le tenía que decir que sí, que pensaba lo mismo. Y optó por la honestidad y así se lo dijo, que pensaba igual, que el cuadro era malo. Y entonces el señor le dijo que iba a hacer una cosa: iba a comprar el cuadro que le gustaba a él y el que le gustaba a Lluís. Así que compró los dos. Y Lluís dice: A veces la honradez es recompensada. Lluís es simpático y habla con sencillez y con gracia. También habla con verdad. Porque un artista puede serlo y decir verdad y también ser simpático. Dice ahora que a veces ha pintado con mucha pasta –como se ve en estos dos niños al óleo de sus principios- y a veces con poca, depende, según le da. Y señala el cuadro que está al lado de esta niña entre verdes de sus comienzos, y que es el retrato de un moro hecho con muy poca, casi con técnica de acuarela más que de óleo, dice. Y, en efecto, la parte del final del lienzo está en blanco. Y lo hace muy sugerente. Lluís dice que le gusta, y que un gran pintor que está aquí –Miquel Mas- le ha dicho que este cuadro le gustaba, y le ha alegrado. Porque también a él le agrada. Ve en él la frescura que a veces hay en un cuadro, que a veces se logra, pero como por arte de magia, porque a veces está y a veces no está, aunque uno se empeñe. El arte es así. Pero este cuadro tiene esta frescura, él así lo ve, y le alegra que este gran pintor también así lo haya visto. A continuación dice que los demás cuadros tienen menos historia. Una chica andaluza muy guapa que se encontró en el aeropuerto y a la que le pidió si le dejaba hacerle una foto y de la que ha hecho un retrato, pero que no sabe quién es. ¿E iba así por el aeropuerto?, le preguntan, y se refieren –así lo

aclaran- al escote tan generoso. Bueno, sí, está con la teta un poco al aire, dice Lluís, despreocupado, pero sin aclarar si iba así de verdad, y seguramente porque es un detalle que ha puesto él. Un dibujo –pensaba que no había dibujos, decía antes que él casi no hace dibujos, porque lo que le gusta es pintar-, y que es de un moro que tenía unas hijas guapísimas, que le invitó a la boda de una pero que no fue, eran tres días o así. Pero lo retrató. En este dibujo y en un óleo que se titula “El padre de la novia”. Lluís, al hablar de la belleza de las hijas de este señor, ha explicado que las marroquíes suelen estropearse –yo pienso que esto no es exclusivo de las marroquíes-, pero que estas eran guapísimas. De ahí el título. Y hay otros moros y personas que no sabe quiénes son, personas anónimas, dice, que se han cruzado por mi vida y que ha retratado, ha sentido el impulso de retratarlos en estos retratos sin nombre, retratos que están en ellos y también están en él, Lluís, y que son de estas personas que han pasado por su vida, como dice, y lo dice como si hubieran pasado de largo, o fueran el destello de un momento, y así es, pero pienso que también son su vida y por esto los ha hecho pintura. Recuerdo el bello discurso de Miguel Delibes al recibir el Premio Cervantes, “Una vida vivida”, y en el que dice que esta vida, su vida, quienes la han vivido de verdad han sido los personajes que ha escrito y ha creado. Le han sorbido la vida, o su vida ya son ellos, y está en ellos. Algo de la de Lluís también en estos cuadros, y por esto ha querido, ha tenido que pintarlos, aunque él lo diga con simpatía y de pasada, como con despreocupación, al señalar que son gente que no sabe quiénes son –y por esto retratos sin nombre-, y que de manera anónima se han cruzado en su vida, pero también son su vida, y por esto son pintura. Y esta exposición lo muestra.

Una amiga le pregunta por el último cuadro, y le dice que debe ser muy difícil hacer las transparencias del plástico. Lluís dice que es oficio. Que se sabe por oficio. Que él ha tenido que aprenderlo solo, y tras equivocarse uno muchas veces aprende y sabe. Y que cuando ha dado clases ha querido enseñar a sus alumnos cosas que él ha necesitado años para aprenderlas solo, y que si te las explican las aprendes al momento. Él las sabe por oficio. Lo dice como excusa o con modestia, y añade que, aunque es oficio, no vamos a decir que no tiene mérito, pero que es algo que se aprende y sabe por experiencia, por veteranía. Mira a Miquel Mas, el otro pintor que hay aquí, y busca su opinión o aseveración o comentario. Mas dice que si se sabe cómo hacerlo –que es lo que Lluís ha dicho que al final por oficio se sabe- no es tan difícil. Esto dice, y añade: Pero son muchas horas. Y yo me acuerdo del pintor hiperrealista, como lo es Lluís, de los hermanos pintores a los que Trueba dedicó un documental y que vi en el MNAC y cómo en él estaban tan presentes las cuestiones técnicas, y cómo contaban y hasta cobraban los cuadros según las horas que habían empleado en ellos. Lo que me dio que pensar, y creo que lo dije, más bien a su desfavor. Y, de hecho, al decir Lluís que es oficio viene a decir que esto no es muy meritorio, que no es el espíritu alado que vuela y sopla y canta en la pintura sino que es saberlo hacer, es oficio, dice, y lo dice así para decir que esto es secundario. Pero se precisa. A la vez es necesario. Es algo que está, y sin ello no se puede ejecutar la idea, llevarla a la pintura. Pero Lluís le da este papel menor aunque preciso. Y así lo dice también el otro pintor: si se sabe hacer, no es tan difícil –así

que no hay tanto mérito sino aprendizaje en la pericia-. Y añade: Pero son muchas horas. Que no hace falta apuntar ni cobrar por ellas, pero que se precisan para ejecutar la idea, para plasmarla y hacerla cuadro y que ya pintura por fin ya no nos persiga. A la idea, el impulso sirve esa técnica. El sueño o la idea de pintar, o la obsesión a arrancarse y para ello pintarla, sirven esas horas y ese oficio y la manera y el instinto con que la mano guía a los pinceles.

Los periodistas graban lo que dice Lluís, y es seguro que su espontánea exposición –sincera, cálida, dicha con sencillez y simpatía- será un documento de valor. Le preguntan, a raíz de este último cuadro, y de los que ahora pinta, sobre qué es un artista y lo que ha de hacer, porque entienden que los hace y que los pinta porque quiere y porque debe. En respuesta a su pregunta, Lluís dice que hay quien al intentar definir a un artista afirma que es quien tiene una sensibilidad y aquí se interrumpe y dice “sí, también”, pero que para él un artista es una persona muy valiente y que ha de serlo. Valiente para hacer lo que ha de hacer, lo que quiere hacer, sin tener en cuenta la crítica ni el halago ni nada, dice. Lluís dice esto, ante la aventura insólita y arriesgada que muestran estos últimos cuadros por los que le preguntan, y dice que él siempre ha hecho lo que ha querido, lo que ha sentido que quería hacer. Cuando empezó a pintar moros le dijeron que estaba loco, pero se puso a pintarlos igual. Claro que esta independencia tiene su precio, y lo sabe, y hace que no estés en el MNAC, que en vez de estar en él, dice como ejemplo de estar instalado en el poder y sus entresijos –y allí yo vi este documental que recordaba-, “pues estaré en el Espai Lluís Ribas”, dice. Hay que pagar este precio. Señala que un amigo le dice que con su dominio técnico, dirigiendo su carrera de otra manera, sería mucho más célebre y estaría mucho más instalado en el mundo del arte. Pero a él no le importa –y se ve que lo dice de verdad. Porque él al menos tiene la satisfacción de haber hecho siempre lo que ha querido hacer. Y así lo ha de hacer el artista. Y para esto el artista ha de ser una persona muy valiente, y por esto ha dicho enseguida que es lo que para él lo define. Aquí hay otros artistas, escritores, poetas, dice, y pregunta a la escritora cuya perra está aquí retratada y en vivo si está de acuerdo. Completamente, responde. Yo no respondo ni digo nada, pero estoy de acuerdo, y no sabe Lluís –o quizá sí lo sabe- hasta qué punto. Y cuando Lluís ha dicho ha de hacer lo que quiere sin tener en cuenta la crítica ni el halago ni nada, yo también así lo he sentido, sentido que así lo sabía y pensaba, y he pensado asimismo mientras lo decía en el deber, y en la propia conciencia, y cómo en el arte hay que empeñar la vida, como a veces lo he dicho y lo dice el Quijote de la libertad, que vale la pena por ella empeñar la vida, y ahora lo dice Lluís, como final de su intervención, con pasión y decisión, con sinceridad absoluta. Y yo me acuerdo, ahora que lo escribo, del aforismo de juventud de Bergamín: Qué pocos se atreven a seguir hasta el final su propio pensamiento. Es un aforismo que es también una afirmación en la valentía, una manifestación de su escasez, cuán pocos por ella se guían y sustentan, y a la vez de su necesidad. Pero es cierto y así hay que hacerlo. Y así lo dice Lluís, con pasión, y así lo hace, con unas pinturas que le dicen que no se van a vender pero que siente que son las que ha de pintar, lo que ha de decir con sus pinceles. Así lo ha dicho para acabar. Me despido. Lo digo

con verdad: Me ha alegrado verte. Muy bonita la exposición, y tu explicación, un gusto. Él: Hemos de hablar. Yo: Claro, cuando quieras. Él otra vez: Recuerdos a tu madre. Un apretón de manos, un abrazo, y salgo de la galería y a la noche, la noche a la que vuelvo, en la que vuelvo en tren, de Sant Cugat a Barcelona.